

# **Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo**

La Trinidad

Adrien LADRIERRE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Un solo Dios, 3 personas . . . . .</b>	<b>3</b>
<b>2 - Dios revelado como el Padre . . . . .</b>	<b>4</b>
<b>3 - El Hijo de Dios: Su divinidad . . . . .</b>	<b>5</b>
<b>4 - El Espíritu Santo: Su divinidad . . . . .</b>	<b>8</b>

## 1 - Un solo Dios, 3 personas

La Biblia nos enseña muchas verdades valiosas sobre Dios, su naturaleza, sus perfecciones y su Ser. Pero eso no es todo lo que nos revela sobre él. Hay un misterio en Dios que no podemos descifrar: escapa a la más amplia y elevada inteligencia humana.

En toda la Escritura se proclama la unidad de Dios en contraste con la pluralidad de las deidades paganas. «Hay un solo Dios» era la gran verdad escrita en la bandera de Israel. «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es», dijo el Espíritu Santo por medio de Moisés, y el Señor Jesús recuerda estas palabras ([Deut. 6:4](#); [Marcos 12:29](#)). El Nuevo Testamento también afirma la unidad de Dios: «No hay más que un solo Dios» ([1 Cor. 8:4](#)). «Porque hay un solo Dios» ([1 Tim. 2:5](#)). Pero en la manifestación de Dios al hombre, tal como la encontramos en la Escritura, vemos que, en esta unidad absoluta, hay 3 Personas distintas: el Padre, el Hijo o Verbo, y el Espíritu Santo.

Estas 3 Personas divinas aparecen en el bautismo del Señor. *El Hijo*, convertido en hombre, se presenta al bautismo de Juan diciendo: «Nos conviene cumplir lo que es justo». Es bautizado, pero inmediatamente los cielos le son abiertos, *el Espíritu de Dios* desciende como una paloma y viene sobre Él, y se oye la voz del *Padre* desde el cielo: «Este es mi amado Hijo, en quien tengo complacencia» ([Mat. 3:13-17](#)). El bautismo cristiano, según el mandato del Señor tras su resurrección, se administra «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» ([Mat. 28:19](#)). En la bendición apostólica vemos a las 3 Personas divinas unidas: «¡La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros!» ([2 Cor. 13:14](#)).

Estas 3 adorables Personas se unen en la dispensación de las bendiciones divinas a los fieles. Así, en [Juan 14](#), *el Hijo* conduce los creyentes al *Padre*: «Yo soy –dice Jesús– el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» ([Juan 14:6](#)). *El Espíritu Santo*, el Consolador, pone a los creyentes en comunión con el Padre y el Hijo. El Señor dice: «Yo rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre... el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará *en mi nombre*» ([Juan 14:16, 26](#)). Y también: «Cuando venga el Consolador, a quien *yo* os enviaré de parte del *Padre*, es decir, el *Espíritu* de verdad que procede del Padre, él testificará de mí» ([Juan 15:26](#).) También leemos: «Escogidos según el previo conocimiento de Dios *Padre*, en santificación del *Espíritu*, para obedecer y ser rociados con la sangre de *Jesucristo*» ([1 Pe. 1:2](#)). Varios otros pasajes nos mostrarían

al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, 3 Personas distintas, trabajando juntas en la obra de redención de los pecadores y de bendición de los salvados.

Así, como se ha expresado, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y estos no son 3 dioses, sino un solo Dios. Se trata de un misterio insondable que el hombre no puede explicar y que la fe debe recibir con toda sencillez como revelado por Dios. Lo encontramos ya en el primer versículo de la Biblia: «En el principio creó Elohim», o «los dioses crearon», el sujeto está en plural, y el verbo en singular. Luego, en el versículo 26 de este primer capítulo del Génesis leemos: «Hagamos al hombre»; en el capítulo 3:22: «He aquí el hombre es como uno de nosotros» (véase también el cap. 11:7). En el libro del profeta Isaías, el Señor dice: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?» (Is. 6:8). ¿No indican estas palabras que varias personas se aconsejan entre sí, y piensan y actúan juntas? También podemos ver en el capítulo 10 de Hebreos, el consejo de Dios, su voluntad (v. 7), el Hijo adelantándose para cumplirla (v. 7-9), y el Espíritu Santo dando testimonio de ella (v. 15).

Independientemente de los pasajes que acabamos de ver, que nos dan a conocer la pluralidad de las Personas en la unidad de la esencia divina, la Sagrada Escritura establece la divinidad de Cristo y del Espíritu Santo de manera clara y positiva. Les atribuye el nombre, las perfecciones y las obras de Dios. Digamos primero unas palabras sobre Dios, revelado como el Padre.

## 2 - Dios revelado como el Padre

Es el *Padre* en el sentido más elevado y excelente, como Padre de nuestro adorable Salvador, el Señor Jesucristo, su Hijo único desde la eternidad (Juan 1:14, 18), el Hijo de su amor (Col. 1:13), y su Hijo amado como hombre en la tierra. A Jesús, especialmente en el Evangelio de Juan, ama presentar a Dios como el Padre, como *su Padre*. Él llama al templo «la casa de mi Padre» (Juan 2:16). En cuanto a su obra, dice: «Mi Padre trabaja... y yo trabajo» (Juan 5:17); «mi Padre os da el verdadero pan del cielo» (6:32). Dice: «La voluntad de mi Padre» (6:40), y «He guardado los mandamientos de mi Padre» (15:10). Hay muchos otros pasajes en los que se menciona a Dios, el Padre del Señor Jesús. «El Padre ama al Hijo», «porque el Padre ama al Hijo» (Juan 3:35; 5:20; 10:17), leemos. El Hijo disfrutó de este amor del Padre por él.

Dios es el Padre en un sentido absoluto, como una Persona en la Trinidad. Pero

también se llama a Dios Padre por haber dado la existencia a todos los seres: «Un solo Dios y Padre de todos», dice el apóstol (Efe. 4:6). También se le ve como el Padre de Israel, porque fue él quien eligió y formó a ese pueblo para sí mismo (Deut. 32:6; Is. 63:16; 64:8).

Pero en un sentido íntimo, Dios es el Padre de todos los que creen en el Señor Jesucristo, de cada uno de ellos individualmente, y juntos forman su familia. Esta es una relación preciosa en la que el Señor introduce a sus discípulos después de su resurrección. Y es María Magdalena, de la que Jesús había expulsado 7 demonios, la que recibe esta maravillosa revelación de su boca, y a la que se le encomienda transmitirla a los discípulos: «Vete a mis hermanos –le dijo el Señor–, y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios» (Juan 20:17). Así, el Padre del Señor Jesús se convierte en nuestro Padre, cuando creemos en su amado Hijo, como está escrito: «A todos los que lo recibieron (a Jesús), es decir, a los que creen en su nombre, les ha dado *potestad de ser hechos hijos de Dios*» (Juan 1:12). Como Jesús es el Hijo amado del Padre, ellos son hijos «amados» de Dios, y son amados como Jesús fue amado (Efe. 5:1; Juan 17:23). Y esta relación de hijo de Dios no puede romperse nunca, porque los que la disfrutan han nacido de Dios y tienen vida eterna.

¿No es este un efecto maravilloso del amor de Dios que nos salva y nos hace, a pecadores e hijos de la ira, hijos de Dios? Así, el apóstol Juan, contemplando este hecho, que bien puede producir nuestra adoración, exclama: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios» (1 Juan 3:1-2). Así podemos adorar a Dios como Padre (Juan 4:23). ¡Qué gracia!

### 3 - El Hijo de Dios: Su divinidad

Hemos dicho que la Palabra de Dios establece clara y positivamente la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Veremos los pasajes que se refieren a este tema.

Del Señor Jesús se dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Y en los versículos siguientes aprendemos que la Palabra es el Hijo único, Jesucristo (1:14, 17-18). A Jesús se le llama: «Emanuel... Dios con nosotros» (Mat. 1:23). Su nombre significa el *Jehová Salvador*. El ángel dijo a José: «Lo llamarás Jesús (forma griega del hebreo Josué), porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1:21). «Cristo, ¡el cual es, es sobre todas las cosas,

Dios bendito por los siglos!» (Rom. 9:5). Él fue «manifestado en carne» (1 Tim. 3:16). «Respecto al *Hijo* dice: Tu trono, oh *Dios*, es por los siglos de los siglos» (Hebr. 1:8). También está escrito del Hijo que es «el resplandor de su gloria [de Dios] y la fiel imagen de su Ser»; «la imagen del Dios invisible» (Hebr. 1:3; Col. 1:15). «En Él», dice Pablo, «habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col. 2:9). El apóstol Juan también dice de Cristo: «Este es el verdadero *Dios*, y la vida eterna» (1 Juan 5:20). El Señor, Jehová de los ejércitos, el Rey que vio Isaías, y cuya santidad y gloria proclaman los serafines, es el Señor Jesús, pues el Evangelio dice: «Estas cosas dijo Isaías, porque vio su gloria y habló de él» (Is. 6:1-7; Juan 12:41). Cuando viene al mundo, es *Jehová*, es nuestro Dios quien viene (Is. 40:3; comp. Juan 1:23 y Lucas 3:4-6). Y cuando vuelva, será «la aparición en gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tito 2:13).

Es importante recordar todos estos pasajes que dan al Señor Jesús el nombre de *Dios*, pues muchos hombres se lo niegan. Muchas otras porciones de la Escritura demuestran la divinidad y la existencia eterna e inmutable de Cristo, atribuyéndole los títulos que solo pertenecen a Dios. Así, Jehová, hablando a Moisés, le dio una revelación de Su ser inmutable, diciendo: «Yo soy el que soy», y el Señor Jesús, hablando a los judíos, dijo: «Antes que Abraham llegase a ser, **yo soy**» (Éx. 3:14; Juan 8:58). Asimismo, Jehová, el Rey de Israel y su Redentor, Jehová de los ejércitos, dice en Isaías: «Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Is. 44:6); y Jesús, presentándose a Juan en su gloria como el Anciano de los Días y al mismo tiempo el Hijo del hombre, dijo a su discípulo que había caído como muerto a sus pies: «No temas; yo soy el primero y el último, y el que vive» (Apoc. 1:17-18). El *Viviente*, el que tiene vida en sí mismo y da vida, es también un título dado al Señor: «Pozo del Viviente que me ve» (Gén. 16:14). «Jehová es el Dios verdadero, él es Dios vivo» (Jer. 10:10). Jesucristo es inmutable, nos dice el apóstol: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebr. 13:8). Pero la inmutabilidad solo pertenece a Dios. Todas las cosas cambian y pasan; él sigue siendo lo que era y lo que es. Y aquí, en la misma Epístola a los Hebreos, el Salmo 102, que describe la inmutabilidad de Dios, se aplica al Señor Jesús: «Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos, ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos, como una vestidura, envejecerán, y como una vestidura los enrollarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán» (Hebr. 1:10-12).

Esta es la grandeza divina de Jesús. En muchos de los pasajes que hemos visto, él se revela como Aquel que creó todas las cosas y las sostiene por la palabra de su poder (Juan 1:3; Col. 1:16, 17; Hebr. 1:3). ¿A quién pertenece crear, sino del Todopoderoso

so? ¿Y qué poder es omnipotente sino el de Dios? Una criatura, cual sea, ¿puede producir algo de la nada? Por lo tanto, Cristo es Dios, ya que creó los mundos, y es el Todopoderoso. Este es el título que toma en el Apocalipsis: «Yo soy el alfa y la omega», dice el Señor Dios, «el que es, y que era, y que viene, el Todopoderoso» (Apoc. 1:8). Y estas palabras se aplican bien al Señor Jesús, pues él mismo, al final de este libro, dice: «Vengo pronto... Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» (Apoc. 22:12-13, y 21:6). Nótese también que estas últimas expresiones implican la existencia eterna del Señor. Él es el que vive por los siglos de los siglos (Apoc. 1:17-18).

Esta es la misma omnipotencia divina que Cristo mostró cuando estuvo en la tierra. Al igual que el primer día de la creación dijo: «Sea la luz; y fue la luz», así ordenó al viento y al mar que se aquietaran con una sola palabra: «¡Calla!, ¡Sosiégate!... Y se hizo gran calma» (Marcos 4:39). «Quiero, sé limpio», le dijo al leproso, y este quedó limpio (Marcos 1:41-42). «¡Yo te digo: Levántate!», o «Ven fuera», y con esa sola palabra, pero una palabra todopoderosa, los muertos resucitaban (Lucas 7:14-15; Juan 11:43-44). Fue porque tenía este poder divino en él que pudo decir: «Destruid este templo, (su cuerpo), y yo en tres días lo levantaré» (Juan 2:19), y es por este poder omnipotente, que solo pertenece a Dios, y que él posee, que resucitará al justo y al injusto (Juan 5:25-29).

Es porque él es Dios que podía perdonar los pecados (Marcos 2:7-10); y es porque él es Dios que pudo efectuar la salvación, porque Jehová dijo: «Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve» (Is. 43:11). Y el apóstol Pedro proclama, hablando de Jesús: «En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos» (Hec. 4:12). Este glorioso nombre es el de Jesús o Josué, el Señor Salvador. Y es él, el Salvador Todopoderoso, quien vendrá del cielo y «transformará nuestro cuerpo de humillación en la semejanza de su cuerpo glorioso, conforma a la eficacia de su poder, con el que también puede someter todas las cosas a sí mismo» (Fil. 3:21).

Mantengamos firmes las enseñanzas de la Palabra de Dios sobre la divinidad de nuestro adorable Salvador. «El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió» (Juan 5:23). Y: «Si alguno me sirve, a este le honrará mi Padre» (Juan 12:26). Tomás dijo a Jesús: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20:28).

## 4 - El Espíritu Santo: Su divinidad

Pasemos ahora a la tercera Persona de la Trinidad. Esta es la palabra única para el insondable misterio de la existencia de 3 Personas en la unidad de un solo Dios.

Varios pasajes de la Escritura nos muestran al Espíritu Santo como una Persona divina. Él es la energía omnipotente que actúa en cada acto creativo. Así lo vemos, cuando la tierra estaba desolada y vacía, planeando sobre la faz de las aguas (**Gén. 1:2**). Eliú dijo a Job: «El Espíritu de Dios me hizo» (**Job 33:4**), y el salmista proclama: «Envías tu Espíritu, son creados» (**Sal. 104:30**). En la visión de los huesos secos que cobran vida, Ezequiel profetiza: «Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán»; luego el Señor, Jehová, explica la visión. Estos huesos son el pueblo de Israel, ahora en la muerte, pero que el Espíritu de Dios despertará y revivirá: «Pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis... dice Jehová» (**Ez. 37:9, 14**). Es el Espíritu de Dios quien efectúa el nuevo nacimiento, creando en el creyente una nueva naturaleza (**Juan 3:5-8**). Fue el Espíritu de Jehová quien contendió con los hombres rebeldes en los días de Noé, y este Espíritu fue también el Espíritu de Cristo (**Gén. 6:3** y **1 Pe. 3:18-20**). Era el Espíritu de Jehová el que estaba en Moisés y Josué y el que animaba a los hombres fuertes que liberaron a Israel. También estaba sobre los profetas para hacerles hablar o mostrarles visiones de Dios (**Núm. 11:17, 29; 27:18; Jueces 3:10; 11:29; 14:6; 2 Crón. 20:14; Ez. 3:12, 14; 11:24; Miq. 3:8; Hageo 2:5**).

En estos pasajes del Antiguo Testamento vemos al Espíritu de Dios como una Persona activa; pero es en el Nuevo Testamento donde aparece claramente como tal, obrando en y sobre los hombres. Primero aprendemos que es él quien forma en María el cuerpo del santo niño que iba a nacer de ella: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también la santa Criatura que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (**Lucas 1:35**). Fue el Espíritu Santo quien, al igual que actuaba en los Profetas, animaba también a los santos que esperaban al Mesías, como Elisabet, Zacarías, Simeón (**Lucas 1:41-42, 67; 2:25-26**). Luego, como hemos visto, el Espíritu Santo desciende sobre Jesús en su bautismo, y Jesús, lleno del Espíritu Santo, es llevado por él al desierto para ser tentado por el diablo (**Lucas 4:1**). Entonces comienza su ministerio «en el poder del Espíritu» (**Lucas 4:14; Hec. 10:38**). Todos estos pasajes nos muestran al Espíritu Santo como una Persona que actúa y obra. También fue por el Espíritu Santo que Jesús expulsaba a los demonios (**Mat. 12:28**); fue por el Espíritu que resucitó (**1 Pe. 3:18**), y después de su resurrección fue por el Espíritu Santo que dio sus órdenes a los apóstoles (**Hec.**

1:2).

Pero el Señor había prometido a sus discípulos enviarles el Consolador, el Espíritu de verdad, para que estuviera con ellos para siempre. El Espíritu Santo debía reemplazar para ellos y con ellos a Cristo en el cielo. Era, pues, una Persona divina, pero no visible como lo había sido Cristo. El mundo había visto a Jesús, lo había escuchado, pero lo odiaba y lo rechazaba. El Espíritu Santo, una Persona tan verdadera como Cristo, no podía ser visto ni recibido por el mundo; tenía que estar con los discípulos y en ellos (Juan 14:16-17). Como el Padre había dado a Cristo, así dio al Espíritu Santo; lo envió (Juan 14:26), se dice; y esto solo puede decirse de una Persona. El Señor también dijo que lo enviará, pero, como explica el apóstol Pedro, Cristo recibe del Padre el Espíritu Santo prometido y lo envía a los suyos (Juan 15:26; 16:7; Hec. 2:33). Y lo que nos hace ver que el Espíritu Santo es realmente una Persona, es que el Señor dice que, cuando haya venido, enseñará a sus discípulos y les recordará las cosas que Jesús dijo; los guiará a la verdad y les anunciará las cosas futuras (Juan 14:26; 16:13).

Es especialmente en los Hechos, donde vemos el cumplimiento de lo que Jesús había prometido a sus discípulos, el hecho de que el Espíritu Santo es una Persona divina y que podemos contemplar su actividad resulta aún más claro. Descendió sobre los discípulos el día de Pentecostés, «y todos fueron llenos del Espíritu Santo». Inmediatamente su presencia en ellos se manifiesta por los milagros que hace, por los dones que otorga, por el valor con el que anima a estos hombres que antes eran tan cobardes y tímidos, por el poder que imparte a sus palabras, por la vida santa que produce en quienes los reciben (Hec. 2:4; 3:6-7; 4:8; 2:42-47; 4:32-37). También aquí se le da positivamente el título de Dios. Ananías mintió al Espíritu Santo que estaba en los apóstoles y en la Asamblea, pero más tarde Pedro le dice: «¡No mentiste a hombres, sino a Dios!» (Hec. 5:3-4).

En la continuación del relato de los Hechos, el Espíritu Santo se muestra con total claridad como una Persona distinta que actúa, envía y dirige. Dijo en Antioquía: «Separadme a Bernabé y a Saulo, para la obra a la que los he llamado», y siendo «enviados por el Espíritu Santo», partieron (Hec. 13:2, 4). En el segundo viaje de Pablo, él y sus compañeros querían predicar la Palabra en Asia, pero el Espíritu Santo se lo impidió; pensando en ir a Bitinia, el Espíritu de Jesús no se lo permitió (Hec. 16:6-7). En estas diferentes ocasiones, vemos al Espíritu Santo actuando como Persona. Lo mismo ocurre en las Epístolas, por ejemplo, en el capítulo 12 de 1 Corintios, donde leemos que es el Espíritu el que distribuye los dones de gracia como le place (1 Cor. 12:4, 11).

Habría mucho más que decir sobre el Espíritu Santo, sobre la obra de esta tercera Persona de la Trinidad en los creyentes y sobre su acción en los corazones, pero limitémonos por el momento a meditar detenidamente en los pasajes citados y en esta gran verdad que nos enseña la Palabra de Dios, que el Espíritu Santo es una verdadera Persona divina; como el Padre es Dios, como el Hijo es Dios, así es el Espíritu.